

LAS DIVISIONES FUNDAMENTALES
DEL TERRITORIO FRANCÉS **

Una de las dificultades que hacen vacilar frecuentemente a la enseñanza geográfica es la incertidumbre sobre las divisiones que conviene adoptar en la descripción de las regiones. El asunto tiene más alcance de lo que en principio podría creerse; se refiere en realidad a la propia concepción que se tiene de la geografía. Si esa enseñanza se entiende como una nomenclatura que hay que añadir a otros conocimientos prácticos del mismo tipo, la búsqueda de las divisiones convenientes resulta muy sencilla. El mejor método será el mejor memorándum. Pero para quien pretende, por el contrario, tratar a la geografía como una ciencia, el asunto cambia de aspecto. Los hechos se aclaran según el orden con el que se agrupan. Si se separa lo que se debe aproximar, si se une lo que se debe separar, se rompe toda relación natural; es imposible reconocer el encade-

* Paul Vidal de la Blache (1845-1918). Además de los que corresponden a los textos traducidos en este libro, entre sus trabajos principales se encuentran:

Vidal de la Blache, P. (1911): «Les genres de vie dans la géographie humaine», *Annales de Géographie*, XX, 111 y 112, pp. 193-212 y 290-304.

Vidal de la Blache, P. (1913): «Des caractères distinctifs de la géographie», *Annales de Géographie*, XXII, 124, pp. 289-299.

Vidal de la Blache, P. (1971): *La France de l'Est (Lorraine-Alsace)*, París, Armand Colin.

Vidal de la Blache, P. (1922): *Principes de géographie humaine*. Publiés d'après les manuscrits de l'Auteur par E. de Martonne. Avertissement de E. de Martonne, París, Armand Colin.

** Vidal de la Blache, P. (1888-1889): «Des divisions fondamentales du sol français», *Bulletin Littéraire*, II, pp. 1-7 y 49-57; reproducido en Vidal de la Blache, P., y Camena d'Almeida, P. (1897): *La France*, París, Armand Colin, nueva edición totalmente refundida e ilustrada, 1909, pp. V-XXX. Traducción de Isabel Pérez-Villanueva Tovar.

LIBRO ~~El paisamiento geográfico~~

AUT. Gómez Muñoz y Orteza

ED. Alianza Universidad

MARZO 1982

namiento que enlaza, sin embargo, los fenómenos de los que se ocupa la geografía y que constituye su razón de ser científica.

Se nos permitirá considerar como indiscutible en principio que la geografía debe ser tratada en la enseñanza como una ciencia y no como una simple nomenclatura. Vamos a intentar, pues, no tanto discutir los procedimientos como aclarar un principio metodológico. Lo más seguro y lo mejor en semejante materia es elegir un ejemplo: lo natural es que sea el de Francia.

I) Los programas conceden con razón una gran importancia al estudio de Francia. Nuestro país es una región suficientemente variada como para servir de tema a estudios muy fecundos. Quien penetrase a fondo en la geografía de Francia poseería datos desde luego insuficientes, pero ya muy valiosos y susceptibles de aplicación a las leyes generales de la vida terrestre. Los maestros habrán de recurrir a veces a la geografía de los países vecinos para explicar ciertos rasgos del nuestro. Pero, en general, podrán limitarse sin lamentarlo al estudio de este territorio que, aun no siendo más que alrededor de la 965ª parte de la superficie terrestre, ofrece, sin embargo, abundante materia para sus observaciones. Se puede uno preguntar, ante todo, si es necesario dividir en regiones el país que se quiere estudiar, y si no sería más sencillo examinar separadamente y uno detrás de otro sus principales aspectos, costas, relieve, hidrografía, ciudades, etc. Es fácil mostrar que un sistema así iría directamente contra la finalidad que se propone la geografía. Esta ve en los fenómenos su correlación, su encadenamiento; busca en ese encadenamiento su explicación: no hay que empezar pues por aislarlos. ¿Puede describirse de forma inteligible el litoral sin las tierras del interior, los acantilados de Normandía sin las mesetas de creta de las que forman parte, los promontorios y los estuarios bretones sin las rocas de naturaleza diferente y de desigual dureza que constituyen la península? Ocurre lo mismo con la hidrografía y la red fluvial, que dependen estrechamente de la naturaleza del terreno. ¿Por qué aquí las aguas se concentran en canales poco numerosos, mientras que en otras partes se dispersan en innumerables redes y discurren por todas partes? ¿Por qué el mismo río cambia, durante su curso, de aspecto y de ritmo, unas veces encajado, otras ramificado, claro o turbio, desigual o regular, adoptando, sucesivamente, en resumen, los caracteres de las regiones que atraviesa? El geógrafo estudia en la hidrografía una de las expresiones en las que se manifiesta una región, y actúa de igual manera con la vegetación, con las viviendas y los habitantes. No debe ocuparse de estos distintos temas de estudio ni como botánico ni como economista. Pero sabe que de estos diferentes rasgos se compone la fisonomía de una región, es decir, ese algo vivo que el geógrafo debe aspirar a reproducir. La naturaleza nos pone pues en guardia contra las divisiones artificiales. Nos indica que no hay que parcelar la descripción, sino que, por el contrario, hay que concentrar sobre la región que se quiere describir, y que

hay que delimitar entonces convenientemente, todos los rasgos propios necesarios para caracterizarla. La naturaleza, dice Carl Ritter, «ist keine tote Maschinerie»; Francia, diremos nosotros siguiéndole, no es una maquinaria que se pueda desmontar y exponer pieza por pieza.

Pero hay que elegir bien estas divisiones regionales; y henos aquí de nuevo en el tema. Sería poco razonable tomar como guía, en materia geográfica, divisiones históricas o administrativas. No hablo de nuestras 86 unidades departamentales, que no podrían tomarse seriamente como marcos de una descripción geográfica. Pero se ha afirmado a veces que las antiguas provincias ofrecían un sistema de divisiones acorde con regiones naturales. Hay que señalar que esta opinión ha sido emitida fundamentalmente por geólogos; quizá los historiadores tendrían dificultades para compartirla. Cuando se repasan mentalmente los incidentes históricos, los azares sucesorios, las necesidades circunstanciales que han influido sobre la formación de estos agrupamientos territoriales, surgen dudas sobre la concordancia que puede existir entre una provincia y una región natural. Esta concordancia existe, sin embargo, hasta cierto punto en determinadas provincias. Champaña y, sobre todo, Bretaña pueden servir de ejemplos. Pero lo más frecuente es que las provincias nos ofrezcan una amalgama heterogénea de regiones muy diversas; la composición territorial de Normandía o del Languedoc no responde en absoluto a una división natural del territorio.

Las divisiones geográficas no pueden proceder más que de la propia geografía. Esto ha quedado claro; pero entonces se ha imaginado esa división por cuencas fluviales, a la que, a pesar de las justas críticas que provoca, no es seguro que la enseñanza haya renunciado en todas partes, pues no se renuncia en un día a costumbres inveteradas que libros y mapas llamados geográficos han acreditado a conciencia. Este sistema de divisiones es sencillo en apariencia, pero no tiene más que la apariencia de la sencillez. En realidad no puede ser más oscuro. Lo artificial no puede ser claro; pues al destruir las relaciones naturales de las cosas se condena uno a no darse cuenta de nada: es ponerse en contradicción con realidades que saltan a la vista. Aplicada a Francia, la división por cuencas fluviales separa comarcas que la naturaleza ha unido, como los «países» * del curso medio del Loira y los del Sena. Destruye la unidad del Macizo Central. ¡Un geólogo dijo en cierta ocasión que la existencia del Macizo Central, particularidad bastante importante del territorio francés, había pasado desapercibida para los geógrafos! Para ciertos geógrafos, al menos, estas palabras no eran demasiado severas. Estaban muy justificadas ante los mapas en los que, para uso escolar, se representaba no sé qué esqueleto imaginario cuyas articulaciones se prolongaban hasta los extremos del te-

* Se ha preferido respetar, entrecomillándolo, el término «país» (*pays*), cuando se refiere a pequeñas unidades espaciales, ya que el autor acepta para ese término, frecuente en la literatura geográfica francesa clásica, un significado que no coincide exactamente con el que habitualmente se atribuye al término castellano «comarca». (N. del T.)

territorio. Hemos conocido todos, en nuestra infancia, esas singulares imágenes que recortaban a Francia en compartimentos distintos, desconocidos para los geólogos y los topógrafos. Se obtenía una fisionomía totalmente falsa del territorio francés.

II) Intentemos pues clarificar lo que hay que entender por región natural. El mejor medio para ello será librarnos de toda rutina escolástica y situarnos, siempre que sea posible, ante realidades. La geografía no es precisamente una ciencia de libros; necesita la colaboración de la observación personal. Sólo será buen maestro quien una cierto interés de observación personal a las cosas que tiene que describir. La naturaleza, en su inagotable variedad, pone al alcance de cada uno los objetos de observación, y se puede garantizar a los que se dedican a ello menos esfuerzo que placer.

Entre Estampes y Orléans, atravesamos en tren un «país» llamado la Beauce; e incluso sin bajar del vagón, distinguimos algunos caracteres del paisaje: un terreno indefinidamente llano, sobre el que se desarrollan campos cultivados alargados, muy pocos árboles, muy pocos ríos (durante 65 kilómetros no se atraviesa ninguno), sin casas aisladas; todas las viviendas están agrupadas en aldeas o pueblos.

Si atravesamos el Loira encontramos, al sur, un «país» igual de llano, pero cuyo terreno tiene un color diferente, en el que abundan los bosques y las lagunas: es la Sologne. Al oeste de la Beauce, entre las fuentes del Loira y del Eure, aparece un «país» accidentado, verde, fragmentado por cercas y por hileras de árboles, con viviendas diseminadas por todas partes, es el Perche. Entremos en Normandía. Si en el departamento de Sena Inferior, examinamos los dos distritos contiguos de Yvetot y de Neufchâtel, ¡qué diferencias! En el primero todo es llanura, campos de cereales, granjas cercadas cuadrangularmente por grandes árboles, amplios horizontes. En el segundo no se ven más que pequeños valles, setos vivos y pastos. Hemos pasado del «país» de Caux al «país» de Bray. La forma de vivir de los habitantes ha cambiado con el terreno. Si, en el departamento de Calvados, abandonamos el campo de Caen para entrar en el Bocage, se nos presentan contrastes diferentes, pero no menos acusados. Los hombres difieren como el terreno; y el instinto popular que distingue entre las poblaciones de los dos «países» no es de hoy. El viejo poeta normando del *Roman de Rou* sabía ya muy bien distinguir «Cil des bocages et cil des plains».

A veces no es sólo un «país», sino una serie continua de «países» designada por los habitantes con un nombre que señala al observador la analogía de sus caracteres. Así, entre Caen y Le Mans se desarrollan, de norte a sur, una *Campagne* de Caen, una *Campagne* de Alençon, una *Campagne* Mancelle. Para el geólogo, esta sucesión de Campagnes representa un zona de terrenos de caliza oolítica formando un reborde a lo largo de los esquistos y de los granitos que se suceden del Cotentin al Anjou. Se ofrece a la vista como una superficie débilmente accidentada,

cultivada de cereales, que las carreteras y los ferrocarriles eligen preferentemente, mejor que los «países» más accidentados que la bordean tanto al este como al oeste. Este nombre de Campagne o Champagne se vuelve a encontrar en el límite norte del Macizo Central: allí también designa una superficie uniforme de llanura que bordea un «país» totalmente diferente: la Champagne de Châteauroux confina a la Marche, cortada por innumerables accidentes de terreno, cultivada en pequeños campos con los que se mezclan praderas, bosques y landas.

Las denominaciones características no faltan casi nunca en el punto de contacto de regiones francamente diferentes. Pero las circunstancias que llaman la atención varían y se expresan de forma distinta en el vocabulario local. En el extremo occidental del Macizo Central, el nombre de *Terres froides* designa al «país» de Confolens, mientras que el «país» de Ruffec, situado también en el departamento de la Charente, se denomina *Terres chaudes*. El nombre del primer «país» perteneciente al Macizo Central procede de la impermeabilidad del terreno, en cuya superficie la permanencia del agua produce la humedad y las nieblas. En el otro, las calizas fisuradas mantienen la sequedad en la superficie, mientras que las aguas se infiltran en el subsuelo.

No temamos multiplicar los ejemplos. En otra parte de Francia, donde los terrenos calcáreos se presentan también contiguos a los granitos, encontramos una distinción claramente establecida, la del Morvan y del Auxois: éste, «país» de tierras fuertes y fértiles, que ningún campesino confundirá con el frío y estéril «país» limítrofe al suroeste.

No tenemos pues más que mirar a nuestro alrededor para recoger ejemplos de divisiones naturales. Estos nombres, en efecto, no son términos administrativos o escolares; son de uso cotidiano, el propio campesino los conoce y los emplea. Como productos que son de la observación local, no pueden abarcar grandes extensiones: son restringidos como el horizonte de los que los utilizan. Son «países» más que regiones. Pero no por ello tienen menos valor para el geógrafo. La expresión «país» tiene la característica de que se aplica a los habitantes casi tanto como al terreno. Cuando hemos intentado penetrar en la significación de estos términos, hemos visto que no expresan una simple particularidad, sino un conjunto de caracteres extraídos a la vez del terreno, de las aguas, de los cultivos, de la disposición de las viviendas. ¡He aquí, pues, tomado del natural, ese encadenamiento de relaciones que parte del terreno y que desemboca en el hombre, y del que decíamos al comienzo que debía constituir el objeto propio del estudio geográfico! Instintivamente adivinado por la observación popular, este encadenamiento se precisa y se coordina mediante la observación científica. Para comprender lo que la enseñanza geográfica le exige, un maestro no podría encontrar mejor ejercicio y mejor guía que estos nombres de «países». Aquí están, en efecto, las que yo llamaría fuentes vivas de la geografía. Sería muy sorprendente que este estudio no le hiciese rechazar para siempre las malas divisiones artificiales, que no sirven más que para desconcertar a la vista y a la mente.

Pero, se dirá, ¿cómo aplicar una división por «países» a la enseñanza de la geografía de Francia, para que pueda practicarse en las escuelas? No recomendamos, en efecto, su aplicación directa. Además de las dificultades frecuentemente insuperables que supondría su delimitación, hay en la propia exigüidad de estas divisiones una razón perentoria. El estudio del territorio estaría fragmentado más allá de toda medida admisible en una enseñanza dirigida a escolares; las relaciones generales correrían el riesgo de desaparecer en el análisis demasiado fragmentario del detalle.

Pero aconsejamos a los maestros que utilicen estas divisiones, que les ofrecen los propios habitantes, de una forma indirecta, es decir, que se inspiren en ellas para elevarse hasta los agrupamientos más generales que les son necesarios. El principio de estas divisiones más generales debe buscarse en el orden mismo de los hechos naturales. ¿En qué se basan, en definitiva, estas divisiones de «países»? Resumen un conjunto de fenómenos que dependen casi siempre de la constitución geológica del terreno. La geología y la geografía son, en efecto, dos ciencias distintas, pero que se relacionan estrechamente. El geólogo se propone, al estudiar los terrenos, determinar las condiciones en las que se han formado; intenta reconstruir, capa tras capa, la historia del suelo. Para el geógrafo el punto de partida es idéntico, pero la finalidad difiere. Busca en la constitución geológica de los terrenos la explicación de su aspecto, de sus formas exteriores, el principio de las influencias diversas que ejerce el terreno tanto sobre la naturaleza inorgánica como sobre los seres vivos. Otras causas concurren sin duda también a determinar la fisionomía de las regiones. Si en lugar de estudiar una región restringida como Francia, se estudiasen amplias superficies continentales, habría que fijarse primero en el clima; en la fisionomía de las grandes zonas terrestres las consideraciones procedentes del clima son incluso más importantes que las causas geológicas. El régimen de las lluvias, por la influencia que ejerce sobre la vegetación, puede, independientemente de toda diferencia geológica, modificar la fisionomía de las regiones.

Pero, sin renunciar a beber en otras fuentes, la Geografía no pierde nunca de vista a la geología. Incluso cuando las dos ciencias gemelas parecen divergir, no se mantienen extrañas entre sí. No se comprende exactamente el terreno más que cuando se está en condiciones de remontarse hasta los orígenes de su formación. Ocurre con la historia de la tierra como con la de los hombres; el presente está demasiado estrechamente ligado al pasado para que pueda ser explicado con exactitud sin él.

(...)

(El apartado III describe las «cinco grandes regiones» de Francia: *Bassin de Paris, Plateau central, Ouest, Midi y Vallée du Rhône et de la Saône.*)

IV) En el conjunto del territorio francés hay otros grupos regionales que yo llamaría periféricos. Se extienden, en efecto, como glaciares a lo largo de nuestras fronteras. Pero las grandes regiones cuyo rápido esbozo

se acaba de trazar son las divisiones fundamentales del territorio francés. A su correspondencia debe éste su carácter armónico.

No es una casualidad que se asemejen a las divisiones geológicas hasta el punto de coincidir más o menos con ellas. Pero hay que reconocer que se justifican también por razones procedentes del aspecto del terreno, del carácter de la vegetación, del agrupamiento de los habitantes, es decir, de orden esencialmente geográfico. Tal es, en efecto, la concordancia íntima y profunda de ambas ciencias. En esta concordancia deben los maestros buscar los principios metodológicos que, en nuestra opinión, son los únicos capaces de conferir a la enseñanza de la geografía un carácter de precisión y de verdad.